LA PALABRA DE MIGUEL

PALABRA antes que cuerpo que la emite, que figura conocida, que físico identificable.

Antes de ver a Miguel Hernández, casi sin haberle visto nunca, era una voz oída una y otra vez. A veces la suya; otras, distintas voces que repetían el verso del niño yuntero o clamaban una juventud en cumplimiento de sí misma:

... los quince y los dieciocho,
los dieciocho y los veinte...

Voz sin cuerpo parece más voz para la poesía. Y así se presentaba la poesía de Miguel, oyéndose y oyéndose, por encima de cabezas agrupadas, con un fondo de pórtico románico o unos alambres de espinos, o campos, simplemente la tierra de los campos.

Sobre todo la tierra. Aquella poesía brotaba de la tierra. De esa misma que ennoblecen los cuerpos humanos—Ramón Sijé, los compañeros, él—. Poesía que podía estar en el suelo. Sin recoger. Que no todos la perciben, hasta que alguien no se agacha, la toma y la alza.

Estaba en los campos y dentro de él mismo. Pero al poeta no le basta eso. Tiene que aprender la palabra. Ahí es donde está la dificultad. Ahí es donde le acechan los enemigos: el ripio, el tonillo, lo ya cantado de esa manera, la imagen lírica hecha, la imagen gastada...

Cuando a Miguel se le abren las puertas de la poesía—como a un adulto que recobra la vista se le agolpan en un plano formas y colores—, están todavía en el aire las vanguardias, y los mejores poetas vuelven los ojos al luminoso Góngora, al sencillo Lope. Un camino barroco encauza la corriente de acequia del manantial tumultuoso:

Agrios huertos, azules limonares,
de frutos, si dorados, corredores.

.....

Ya va el río a regarles los azahares
alrededor de sus alrededores.

Después se fué aquietando y ahilando el correr de imágenes y juegos verbales, perdió la palabra del poeta lo que no necesitaba, al tiempo que encontramos temas y seres que cantar:

Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...

Hasta última hora, hasta los momentos cercanos a la muerte, cuando hasta cantar la tierra se llena de nostalgias por lo inaccesible, la poesía de Miguel se va ciñendo cada vez más a la palabra que cada cosa necesita. Lo que se pierde de esteticismo o virtuosismo se gana de humanidad. Y así, cuando sólo nos queda su palabra, nos ha quedado, en ella, el hombre.

JORGE CAMPOS.